

Es claro que, al decir que es nuestra mente la fuerza de la vida trasformada, cree en muy poco, ó más bien, cree solamente en el dios Pan, el Todo, esto es, la Nada. Teniendo por sistema dudar de Dios, creyendo en sus hechuras, jamás le atormentaba el gran problema. de que hay un Criador, si hay criaturas.

Sienta el Doctor, por única certeza, que el hecho es la razón de las razones; y á abrigar ilusiones le llama tener aire en la cabeza; y, juzgándose un sabio muy profundo, con sonrisa altanera, como todos los fatuos de este mundo, él se alaba, y no poco, de no tener un átomo siquiera de poeta, de músico ni loco; y como es tan astuto, el matasanos todo el arte de Hipócrates lo encierra en jurar por los ídolos paganos que, exceptuando en los trances de la guerra, para llegar la muerte á los humanos, no tiene más caminos en la tierra que el frío y la humedad de los pantanos. Y por eso á la niña, á la que quiere con sin igual ternera, seguro de que el hombre sólo muere cuando el desorden hiere de los sentidos la exterior corteza, le dice sonriendo de esta suerte: — De la callada Parca el paso quedo no vendrá á sorprenderte; no tengas, hija mía, ningún miedo; yo sé por dónde ha de venir la muerte. —

III

Como nunca ha llenado su cabeza la ilusión de un amante desvarío, no conoce del padre la agudeza que, así como la gran naturaleza, tiene horror el espíritu al vacío; y aunque ve que en la edad de los amores Eugenia sólo busca con anhelo los pájaros, las luces y las flores, lo que recuerda y lo que lleva al cielo, con mengua del honor de los doctores, no advierte el sabio Prieto que la niña se entrega á penas y á alegrías sin objeto. Mas ¿de estas impacencias el secreto cuál puede ser? La pubertad que llega.

Y es que, al lucir la nítida alborada del sol de la existencia, celebran los sentidos la llegada de cosas que aun ignora la inocencia; pues este sol, con poderoso anhelo, llenando lo visible y lo invisible, circula ardiente de la tierra al cielo la savia de un amor irresistible; y, siendo esta la clave de su feliz tormento, ya de Eugenia el divino pensamiento desea alguna cosa; y ¿cuál? No sabe. Sólo ve que pensando y más pensando, ya en sér su pensamiento convertido, sale al fin de su cuerpo adornado la mariposa del amor volando.

IV

Y ¿qué sér ha inspirado el fuego que de Eugenia el pecho inflama? Lo ignoro. Algún ensueño acariciado. Más que en el sér amado, la causa del amor está en el que ama.

V

Siente Eugenia impacencias sin objeto; mas no quiere estudiar el doctor Prieto el gran misterio que su pecho encierra, pues, como hombre discreto, cree que toda mujer tiene un secreto que nada importa al cielo ni á la tierra. Y no ve que, en su estado visionario, Eugenia, en la región del firmamento, da citas en un parque imaginario á un novio que creó su pensamiento. ¿Quién detener podría la corriente de ideas hechiceras que brotan de la frente de una mujer que en su exaltada mente conduce diez legiones de quimeras? Hay seres en amar de tal constancia y de alma tan ardiente y abstraída, que sacan de sí propios la sustancia con que tejen la tela de su vida. Así Eugenia, soñando y más soñando, de hablar tanto con ellas fué creando, creando un lenguaje especial con las estrellas; y de mirar la joven extasiada á la celeste esfera, como era de esperar, quedó extenuada... Mas la niña hechicera, por su padre adorada, ¿qué tiene enfermo? Nada: el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!

VI

Siendo el Doctor de lo ideal ateo, de su ciencia seguro, no cree, como yo creo, que un amor en estado de deseo es tanto más vivaz cuanto es más puro; y, en cambio, si veía que alguna hermosa joven se moría por tomar en las noches el rocío, — Abρίgate, — á su hija le decía, — que ayer mató á una niña un aire frío; — y, con ansias de padre verdaderas, ponía el algodón de sus cuidados en todas las rendijas y vidrieras, arriba, abajo, enfrente y á los lados; y con tan nimio esmero todo frío exterior interceptaba, que en el cuarto de Eugenia, cuando helaba, podría cocer pan un panadero: y, cual siempre, pagado de su feliz agüero, le decía á su hija confiado: — No tengo ningún miedo de perderte; tú ffa en mi cuidado, que sé por dónde ha de venir la muerte. —

VII

Mas lo triste es que un día, nuestra Eugenia, del sueño en que dormía, inquieta despertó de tal manera, que su alma empezó á amar como debía y su cuerpo á sentir como lo que era. Y Eugenia sin amante, ¿á quién amaba? Al amor, ¡qué sé yo! misterios de ellas. El caso es que aquel tipo que adoraba, ¡oh fuerza de los sueños! habitaba muy cerca... más allá de las estrellas. Y es natural: un alma cuando es pura y vive en un estado visionario, como no tiene objeto su ternura lo aplica ¿á quién? á un sér imaginario. Lo cual prueba, lectores, que, gracias á estos púdicos amores, para eterno consuelo, mientras haya mujeres y dolores será en la tierra una esperanza el cielo.

VIII

Pero, á su ciencia natural atento, ni aun viendo cómo mata el sentimiento, nuestro Galeno advierte

que alguna vez puede llegar la muerte envuelta en un amante pensamiento. Y como es una fruta la experiencia que, ó está sin madurar, ó está podrida, apelando el Doctor á su conciencia, recuerda que en la edad de los placeres se murieron por él muchas mujeres, que vivieron después toda su vida; y aunque no se creía ni músico, ni loco, ni poeta, como él amaba un poco todavía á una enorme coqueta, especie de animal de sangre fría, y al deducir, por la doctrina impura de sus principios de malicia llenos, que muchos platonismos de ternura no acaban en Platón, ni mucho menos, por si causar podría de Eugenia los pesares, á un primo, casi lelo, que tenía, le desterró el Doctor de sus hogares; pues, con ser tan notorio, no sabía que inspira todo primo una gran llama, ó, como este de Eugenia, un gran desprecio; y que un primo es un dios cuando se le ama, pero un primo no amado es siempre un necio.

IX

Y sin darse un momento de reposo, unas veces honrosas y otras viles, el Doctor, como un viejo receloso, tomaba precauciones infantiles. Y como ya es sabido que un padre es aún más tonto que un marido con general sorpresa le echó un traje á una estatua de un Cupido que estaba sin vestir sobre una mesa; y les dió libertad á dos jilgueros, por si de ella los ojos hechiceros ya deleites secretos presagiaban al mirar, en los ratos placenteros, el por qué, cómo y cuándo se besaban. Inútil precaución que iba agrandando de Eugenia los fantásticos amores; pues, conforme á sus ojos soñadores se iba el espacio de su amor cerrando, su puro corazón fué desplegando inmensas perspectivas interiores. Así es que amando con leal vehemencia la dulce creación de su existencia, la hermosa Eugenia hacia la muerte avanza con un amor igual á su esperanza, y una constancia igual á su paciencia.

X

¿Y el Doctor? Con un juicio algo tardío,
pensando un día, por su buena suerte,
que es un error tan necio como impío
el que son siempre la humedad y el frío
las anchas carreteras de la muerte,
—¿Por qué esta niña— el triste se decía—
con cara de sonámbula risueña,
ayer y hoy, por la noche y por el día,
esté despierta ó duerma, siempre sueña?
¿Por qué en labios tan bellos,
sin dejar de ser puros,
ya parece que en ellos
palpitan á granel besos futuros?—

¡Desdichado Doctor! ¡Siendo tan diestro,
y teniendo además tanta experiencia,
no sabe que el querer es una ciencia
que todos aprendemos sin maestro;
y que, al cerrar con diligencia vana
por la noche la puerta á los amores,
entran por la ventana
enjambres de fantasmas seductores
que dispersa la luz de la mañana!

XI

Mas cuando, al fin, con ansia verdadera
nota el Doctor cuán presto
lleva á Eugenia hacia un término funesto
la casta consunción de una quimera,
ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
que es la niña adorable
una enferma incurable
del santo malestar de la esperanza.
¡Morir de amor! ¡Oh encantadores seres,
fuentes de bien, refugios de consuelo!
¡Los ángeles amasan en el cielo
la pasta con que se hacen las mujeres!

XII

Así hacia un fin cercano
corría, con el aire más risueño,
la que en las nubes dió su blanca mano
á un cierto prometido de un ensueño.
Y entretanto que Eugenia se moría,
nuestro Doctor ¿qué hacía?
Disparatar el pobre como un loco;
por lo cual no veía
que la muerte venía poco á poco;
¿por dónde? No lo sé; pero venía.

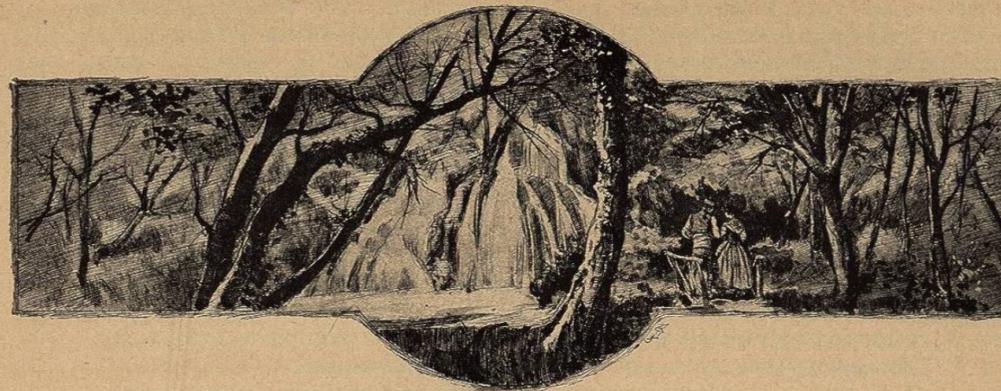
¡Siempre fué así: yo sé por mis lecciones,
de realidad y de experiencia llenas,
que, mejor que las penas,
matan las ilusiones,
pues he visto á docenas,
ó más bien, á docenas de millones,
lindas cabezas rubias y morenas
morir de apoplejía de visiones!

XIII

Y una vez que en la faz desencajada
de Eugenia moribunda
el candor hizo franca la mirada,
así como el amor, la hizo profunda,
y cuando ya entreabiertos se teñían
de azul los labios rojos,
y muriendo parece que tenían
doble vida las niñas de sus ojos,
convencido el Doctor de su torpeza,
parecía, mirándola afligido,
un náufrago que saca la cabeza
desde el fondo del mar donde ha caído.

XIV

Y cuando ya el Doctor no está seguro
si es la niña á quien vela
un espíritu puro
que pronto va á volar, si ya no vuela,
á Eugenia una mañana contemplando
con la pasión más tierna,
vió que se iba en sus ojos condensando
la negra sombra de la noche eterna;
y ante ella sus errores abjurando,
lo mismo que á la imagen de una santa,
le dió un beso en la frente de rodillas,
dos en los ojos, dos en las mejillas,
y otro y otro, hasta diez, en la garganta.
Y en el instante mismo en que, embebida,
á una cadena de ángeles asida,
Eugenia con el aire más risueño
ya iba á seguir los sueños de su vida
á las mansiones del eterno sueño,
el Doctor, tristemente,
con la voz de una tórtola que gime,
le decía á la niña, en cuya frente
dejó la muerte un estupor sublime:
—¡Ten, por Dios! ¡ten, por Dios, ídolo mío,
quieta la mente, el corazón en calma!
No matan sólo la humedad y el frío;
¡viene también la muerte por el alma!—



EL AMOR Y EL RIO PIEDRA

POEMA EN TRES CANTOS

Al Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde y Rivero.—Recuerdo de cariño de CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

EL EDÉN

I

¿Queréis amar á Dios? ¡Pues id á Piedra;
á aquel Edén que con verdor eterno
alegra hasta lo triste del invierno
con sus musgos, sus mirtos y su hiedra;
pues siendo un fiel traslado
de un sueño de Virgilio mejorado,
no hay mortal que lo vea
que, como yo, encantado,
no admire, piense en Dios, se postre y crea!

II

Así creyendo y admirando, un día
por este paraíso de inocencia
van dos hijos de Dios, que todavía
no encontraron el árbol de la ciencia.
El por ella en un día de batalla
desertó frente á frente al enemigo;
y ella por él, al frente de su amigo,
se escapó de un molino de *Cimballa*.
Mas, como dice en Aragón la gente,
desertar por los ojos de una moza
es cosa que perdona fácilmente
la Virgen del Pilar de Zaragoza.

III

Juntos los dos, siguiendo su destino,
bajaron por el río hacia el camino
que á *Piedra* viene á dar desde *Tortuera*,
después que con amor la molinera
le dió un beso á la rueda del molino.

IV

¡Qué felices serán dos desertores
que tienen libertad en sus amores,
calor de día y por la noche frío,
en la tierra placeres y dolores,
aire y luz en la esfera,
para poderse ahogar sitio en el río,
pan caro y agua gratis donde quiera!

V

Es Jaime, más que un quinto, un veterano
que, puesto en guardia y con fusil en mano,
le echa el ¿quién vive? á un pájaro que vuela,
tanto que, el muy tirano,
hallándose una vez de centinela
vió á la Reina y la dijo: «¡atrás, paisano!»

VI

Mas dejo de hablar de él, por decir de ella
que en Daroca una vez la llamó bella,
silbando como un mirlo, un lord muy rico;